

Desesperar de la oración

De esa oración paciente que no se cansa de compartir con Dios la propia vida, de escuchar su palabra evangélica y acogerla; que no se cansa a pesar de que el silencio y el aburrimiento la rodee y parezca inútil porque los problemas no se resuelven en ella.

Si has desesperado sentirás que la oración es solo una pérdida de tiempo, que no es rentable ni eficaz, y, sin darte cuenta, iras separándote de Dios que se convertirá para ti en una idea sin cuerpo, sin vida. Meditando esto puedes repetir:

Ven, Señor, Jesús, y ayúdame a sentarme a tu lado para hablar como amigos. Convénceme de que solo tú eres la vida.

Texto para la meditación:

El ser humano es también espera. Si se menosprecia esta dimensión esencial, que afirma que somos seres inacabados, entonces aparece el peligro de la idolatría: querer ser autosuficientes en el presente. En cambio, la venida del Señor impone al cristiano la *espera* de lo que está por venir y la *paciencia* respecto a aquello que no sabe cuándo llegará.

La paciencia es el arte de vivir lo incompleto, de vivir la parcialidad y la fragmentación del presente sin desesperarse. Y también el arte de aceptar y sostener a los demás, y sobrellevarlos, cuando no son perfectos.

Es la espera del Señor, el ardiente deseo de su venida, lo que puede formar hombres y mujeres dotados de paciencia ante el tiempo y ante los demás.

(E. Bianchi, *Palabras de vida interior*, Sígueme 2006)



ADVIENTO '19



**Sé fuerte,
ten ánimo.
Espera
en el Señor**

Ya apenas sentimos la presencia del Señor. Nuestras formas de pensar y vivir han generado una cortina de niebla sobre su rostro.

Por otra parte, apenas lo echamos de menos. Hay muy pocos que, como María Magdalena, entristecidos por su ausencia, pregunten: “¿dónde lo has puesto y yo iré a buscarlo?” (Jn 20,15). Es verdad que nuestra sociedad sigue, de cuando en cuando, exhibiendo su imagen, pero el deseo de amistad y unión con él ha ido desvirtuándose incluso en los que asisten a misa los domingos.

Ya Israel, mientras atravesaba el desierto, al sentir la falta de Moisés perdió la paciencia y pidió a Aarón que les diera *un Dios más visible, más práctico, más rentable, más inmediato*. Y siempre hay algún dioscecillo dispuesto a ofrecerse. Algo que se viste divinamente y nos ofrece una vida que no tiene que esperar para resolver sus deseos, para curar sus dolores, para hacerse fuerte frente a todo y a todos... Sin embargo, Aarón solo pudo ofrecerles un becerro de oro. Aparente, pero engañoso; resultón, pero sin vida.

Hoy parecemos estar en esta misma situación. La Iglesia está como desaparecida y a muchos de sus líderes apenas los sentimos como guías válidos. Además, vivimos cegados por las prisas, la eficacia, la productividad donde los nuevos ídolos nos prometen, si nos vendemos a ellos, el oro y el moro. Y, casi sin darnos cuenta, nos arrodillamos ante el dinero, el poder, la vanidad, y olvidamos indiferentes la verdadera vida.

Pero, ¿quién dará respuesta al deseo profundo de nuestro corazón: al deseo de belleza, de bien, de verdad...; en el fondo, al deseo de Dios?

En este tiempo los cristianos nos recordamos a nosotros mismos la palabra del salmo: “Puse mi esperanza en el Señor. Él volvió su rostro y escuchó mi grito”. Y así aparece el Adviento: ¡VEN, SEÑOR JESUS!



Durante este adviento te proponemos meditar sobre **LAS FUENTES DE LA DESESPERAZA QUE NOS ACOMPAÑAN.**

Te ofrecemos algunas posibilidades, pero seguramente puedes encontrar en tu vida situaciones en las que haya nacido la desesperanza o donde estés siendo tentado por ella.

Haz tu oración cotidiana y añade a ella alguna de estas situaciones pidiendo la llegada del Señor con su bendición para todos.

Desesperar de la belleza

De esa *belleza* en la que se reúne la armonía de las cosas, la belleza frente a la cual uno se siente sereno, alegre, bendecido y que aparece de vez en cuando en las personas, en los encuentros, en ciertas situaciones... la belleza de la gracia con la que Dios bendice a su creación.

Si has desesperado de encontrarla te dejarás seducir por la belleza exhibicionista y pasajera que te venden. Meditando esto puedes repetir:

**Ven, Señor Jesús, y trae contigo
la belleza que el mundo anhela**

Desesperar de la alegría

De esa *alegría de existir* que no necesita grandes cosas para aparecer, porque (a pesar de todo) es capaz de ver que el mundo está lleno de situaciones y realidades para dar gracias, que nosotros mismos somos un bien en sí y que vivimos sostenidos por la eternidad de Dios. Una alegría que se expresa en los pequeños encuentros y placeres cotidianos.

Si has desesperado de encontrarla te dejarás seducir por el placer que te venden al peso en comidas, juergas, viajes... sin límite. Meditando esto puedes repetir:

Ven, Señor Jesús, y trae contigo la alegría que no se gasta

Desesperar del bien y la bondad

De esa *bondad* que no es simplemente una buena acción, sino una forma de vida que siempre tiene una palabra, una mirada, un gesto, un poco de tiempo, para el que se cruza por el camino. Una bondad que se sobrepone a la maldad a fuerza de bien, incluso sufriendolo.

Si has desesperado de esta bondad, te justificarás con alguna buena acción y en vez de dejar salir de ti el bien que Dios ha puesto te dedicarás solo a criticar el mal de los demás. Meditando esto puedes repetir:

Ven, Señor Jesús, y trae contigo el bien y la bondad de Dios



Desesperar de la verdad

Esa *verdad* que nos da vida porque va haciendo que, poco a poco, nos encontremos a nosotros mismos y a Dios como bendición; que no necesita esconderse ni defenderse porque se vive con naturalidad; que no necesita atacar porque se ofrece para el bien de los demás, no para su dominio.

Si has desesperado de esta verdad te aferrarás a tus opiniones o a las opiniones de los que te convengan en cada momento enfrentándote de continuo a los demás. El resultado será siempre la discusión y la soledad. Meditando esto puedes repetir:

Ven, Señor Jesús, y trae contigo la verdad que nos salva

Desesperar de la Iglesia

De esa *Iglesia* que (a pesar de todo) te pone ante Jesús en persona, te hace escuchar su evangelio, te envuelve con su oración, confía en ti a pesar de tu pecado y te muestra el perdón y la misericordia de Dios, que atiende a los necesitados.

Si has desesperado de esta Iglesia solo verás (y ciertamente es fácil) su mediocridad, su corrupción, sus escándalos, la hipocresía que la acompaña, el pecado que arrastra; y la abandonarás sin darte cuenta de que en ella se revela el pecado de todos y la gracia de Dios para todos. Meditando esto puedes repetir:

**Ven, Señor Jesús, y trae contigo
la conversión y la luz a tu Iglesia**